

LOS VÍNCULOS ENTRE LENGUAJES/EXPERIENCIAS/GENEALOGÍAS EN ESCRITOS
DE DOS AUTORAS FEMINISTAS DEL SUR

*Exploring the links among languages/experiences/genealogies in the writings
of two feminist authors from the South*

Sabrina Soledad Yañez

ssyc19@gmail.com

Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales – CONICET / UNCuyo - Argentina

Fabiana Grasselli

fhebeg@hotmail.com

Recibido: 22-02-2018

Aceptado: 08-05-2018

Resumen

Interrogar los vínculos entre experiencia, lenguaje y política ha sido central para la teoría y la política feministas puesto que ha permitido repensar las vivencias de lxs subalternizadxs, los anudamientos de las dimensiones subjetiva y colectiva de lo vivido, y las posibilidades para decirlo en clave propia que habilitan prácticas transformadoras. En ese sentido este trabajo se propone abordar textos de dos pensadoras feministas del Sur, Gilda Luongo (Chile) y val flores (Argentina), tras las huellas de sus conceptualizaciones acerca de las formas en que mujeres y lesbianas articulan sus narrativas. Indagamos en nuestro ejercicio de interpretación en las apuestas/propuestas de las dos autoras explorando las modulaciones de la tensión entre experiencias y lenguaje feministas y la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana.

Palabras clave: Experiencia, lenguaje, escritura feminista, genealogías feministas, intertextualidad feminista/lesbiana, val flores, Gilda Luongo.

Abstract

Inquiring about the linkages among experiences, language and politics has been a central task in feminist theory and politics. The exploration of those linkages enables a critical revision of subaltern lives, revealing the interconnectedness of the subjective and collective dimensions of experience, and the possibilities of enunciating them in a language crafted in search of transformative practices. Taking into account these considerations, we focus on the writings of two feminist thinkers located in the global South - Gilda Luongo (Chile) and val flores (Argentina) - on the lookout for the trails of their conceptualizations regarding the ways in which women and lesbians inscribe their experiential narratives. Our interpretive exercise explores the authors' endeavors/suggestions around the tension between feminist experience and language, and the genealogical function of feminist/lesbian intertextuality.

Keywords: Experience, language, feminist writing, feminist genealogies, feminist/lesbian intertextuality, val flores, Gilda Luongo.

*“Con imágenes como mi miedo, cruzo los abismos que tengo por dentro.
Con palabras me hago piedra, pájaro, puente de serpientes
arrastrando a ras de suelo lo que soy, todo lo que algún día seré”
Borderlands/La Frontera. (Gloria Anzaldúa, 2007:93).*

*“Eso no lo supe desde un principio, porque aún era inefable para mí ese todo aquello
que andaba buscando, pero lo sé casi con certeza ahora y puedo incluso arriesgar una definición:
todo aquello es todo lo otro [...] lo que parece verdadero en contraposición a lo nacido del discurso o, por el
contrario, lo que se vuelve fantasmagórico a punta de carecer de discurso: el envés del tapiz, donde los nudos
de la realidad quedan al descubierto”
La multitud errante. (Laura Restrepo, 2006:3).*

1. Introducción

En este trabajo proponemos una aproximación al haz de relaciones que se tejen en torno a las nociones de experiencia individual, experiencia colectiva, lenguaje y política, a través de un ejercicio que pone a dialogar a dos escritoras feministas contemporáneas situadas en América Latina, val flores y Gilda Luongo, y que a la vez las conecta con los escritos de feministas de otras latitudes y tiempos. Junto a ese objetivo inicial, emerge un segundo propósito que nos convoca a recuperar genealogías olvidadas que sostengan la pregunta situada –en el tiempo, el espacio, en la propia experiencia y subjetividad- por el sentido del ser/hacer feminista en nuestro continente.

En cuanto a la perspectiva metodológica, hemos procurado elaborar una estrategia de lectura e interpretación que se nutre del cruce entre los aportes del análisis social de los discursos y las conceptualizaciones de teóricas feministas que han abordado las formas de enunciación de las experiencias de las mujeres/lxs subalternxs en tensión con el androcentrismo del lenguaje.

A los efectos analíticos, hemos abordado la problemática desde dos entramados conceptuales que no son excluyentes entre sí: por un lado, la tensión entre experiencia y lenguaje feministas; y, por el otro, la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana.

Nos guía el supuesto de que la experiencia cobra sentido político al hacerse audible para otrxs, a través del lenguaje. Pero no de cualquier uso del lenguaje, sino en la búsqueda de un lenguaje propio, de las inflexiones que logran capturar al menos una parte de la vivencia corporizada, de los tiempos y los espacios que habitamos y nos habitan, que moldeamos y nos moldean.

Consideramos que, socialmente situado, el discurso dice aquello que es posible a partir de lo que se denomina condiciones históricas de decibilidad (Angenot, 2010; Pêcheux, 1978). De manera que en esta tensión entre el orden de lo real y lo textual se teje la materia discursiva sobre las experiencias feministas.

A ello es preciso sumar la utilización de herramientas que consideran las formas como opera la diferencia y disidencia sexual sobre el lenguaje en lo referido a los temas y formas de construcción del yo. En ese sentido las herramientas metodológicas y categorías de análisis provenientes de la teoría feminista (Violi, 1991; Smith, 1989; Martin Alcoff, 1999; de Lauretis, 2001) que aluden a las paradojas del decir de las mujeres/las lesbianas, posibilitarán explorar las formas ambiguas e innovadoras, los modos de evocar una experiencia que atraviesa el plano simbólico del lenguaje.

En referencia a los textos elegidos para este ejercicio, el escrito de Val Flores fue seleccionado de entre su profusa y atrapante producción porque se centra específicamente en los vínculos entre escritura, experiencia, política y deseo: “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”, en *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano* (2010). Los textos de Gilda Luongo sobre los que hemos trabajado asumen el desafío de pensar críticamente la escritura de mujeres en su entrevero con la ética y la política: “Escritura y mujeres. Una revuelta estridente/silenciosa” (2015) y “Desplazamientos: escrituras/diferencia sexual/memoria/política” (2017)¹.

2. Tensiones entre experiencia y lenguaje feminista

Giulia Colaizzi sostiene que las sociedades patriarcales no son sólo regímenes de propiedad privada de los medios de producción, sino también de “propiedad lingüística y cultural”, sistemas en los que el nombre del padre es el único “nombre propio”, que legitima y otorga autoridad, a la vez que controla la producción de sentidos y determina los modos en que se configuran las relaciones y las formas de interacción humana (Colaizzi, 1990). Al respecto, Patrizia Violi plantea que, dado que la diferencia sexual constituye una dimensión fundamental de nuestra experiencia y de nuestra vida, y que no existe ninguna actividad que no esté de cierta manera marcada o afectada por esta diferencia en alguna de sus facetas, el hecho de que el lenguaje tienda a la neutralización e invisibilización de la diferencia sexual, debe interpretarse como la inadecuación del lenguaje con respecto a las mujeres (Violi, 1991: 14-15).

Se trata de reconocer que varones y mujeres no se encuentran en la misma posición ante el lenguaje porque la diferencia entre masculino y femenino no está simbolizada en el mismo nivel, sino que entre ambos términos se establece una jerarquía inscripta según una doble articulación de sujeto y objeto, de término definidor y su negación. Así, las mujeres se encuentran atrapadas en una situación

¹ Este texto se encuentra inédito. Hemos podido acceder a su lectura como integrantes del Proyecto “Feminismos del Sur. Experiencias y narrativas contemporáneas en la frontera academia/activismos” ya que forma parte de una antología de trabajos que está siendo compilada en el marco de los objetivos trazados en dicha línea de investigación. Una versión preliminar de este escrito fue presentada por la autora en una conferencia en la Universidad de Chile en 2017.

paradójica según la cual están situadas como sujetos hablantes en un lenguaje que las ha construido como objetos. Para acceder a la posición de sujetos, las mujeres han tenido que ceder la simbolización de sus diferencias específicas e identificarse con la forma universal, que es la de lo masculino y negar por tanto aquello que atañe a su género, invalidando la diferencia.

Esta diferencia se configura como eso de lo que no se puede hablar, para lo cual no existe nominación disponible, pero no estamos ante una imposibilidad metafísica, sino frente al resultado de una exclusión que se explica a partir de relaciones sociales constituidas a lo largo de procesos históricos. Las experiencias de las mujeres se sitúan en el espacio de lo no dicho de la cultura masculina, lo no dicho desde el punto de vista histórico, no su indecible ontológico (Violi, 1991). La propuesta que ensaya Violi tiene que ver con producir palabras y discursos en los que la diferencia empiece a expresarse logrando así el anclaje con el sujeto que habla, con su experiencia, con su corporalidad, habilitando “la infinita riqueza y energía que la diferencia puede desarrollar si no es ocultada, negada o humillada, como lo ha sido durante siglos” (Ibídem: 162).

Ahora bien, las anteriores conceptualizaciones visibilizan las tensiones entre las experiencias de la diferencia sexual y las posibilidades/los límites del lenguaje dando lugar, de este modo, a la pregunta por las modulaciones de una articulación discursiva antipatriarcal de esas experiencias subalternizadas. En este sentido, los aportes de las pensadoras feministas como Stone-Mediatore (1999) y Martin Alcoff (1999), que han reflexionado sobre la revaloración epistemológica y política de la experiencia, constituyen una valiosa puerta de entrada al abordaje de dicho interrogante, puesto que introducen como elemento fundamental la cuestión referida a las dificultades para “poner en palabras” las experiencias marginalizadas, aquellas que logran difícilmente ingresar en el orden del discurso.

Para Linda Martin Alcoff afrontar una comprensión del vínculo entre lenguaje y experiencia desde una teoría feminista implica incluir la posibilidad de que existan experiencias inarticuladas: vivencias que son acalladas, que no logran expresarse bajo los regímenes reinantes del discurso, que tardan en adquirir nominación². Esta perspectiva supone, por una parte, conceptualizar “la experiencia y el discurso como imperfectamente alineados, con zonas de dislocación” (Alcoff, 1999: 126), lo cual equivale a comprender los discursos marginalizados como modulaciones de la palabra siempre en tensión, balbuceos, intentonas del decir, un contra-decir, un hablar sobre lo que insiste en las fronteras del lenguaje. Por otra parte, estos planteos asumen que las feministas han proporcionado “un lenguaje nuevo por medio del cual ha sido posible describir y comprender viejas experiencias que luego modifican la experiencia presente y futura” (Ibídem), lo cual convoca a pensar en una dialéctica según

² Alcoff debate con los planteos que Scott vierte en su texto “Experiencia” (2001) acerca de que el discurso es la condición de inteligibilidad de toda experiencia. Alcoff señala que esta perspectiva niega la existencia de aquellos conocimientos experimentales no susceptibles de articulación lingüística. Si la experiencia significativa necesariamente debe pasar la prueba de la formulación del discurso, quedan invisibilizadas las formas de opresión que no pueden expresarse bajo los regímenes reinantes del discurso.

la cual ese lenguaje nuevo, que porta re-significaciones inauditas y anuncia reinterpretaciones políticas de lo vivido, impregna y afecta la experiencia.

En esta línea sostenemos que el feminismo ha demostrado una gran fuerza nominativa, en tanto praxis narrativa y política, para crear un lenguaje-otro capaz de producir palabra colectiva para el reconocimiento de las violencias y los silenciamientos. Al mismo tiempo, el proceso de decir la propia subalternización ha habilitado la crítica y la posibilidad de transformación de la situación de opresión. Los modos en que se desarrollan estos procesos dan cuenta del papel fundamental que el devenir histórico/la temporalidad juega en el vínculo/tensión entre experiencia y lenguaje de lxs subalternizadxs.

El hecho de que las vivencias se recuerden, narren y re-signifiquen desde el presente, es la fuente de su vitalidad como praxis discursiva y política. Los distintos presentes desde los cuales se ha actualizado y se actualiza la experiencia habilitan nuevas miradas e interpretaciones, nuevas articulaciones entre las batallas colectivas libradas contra las injusticias del pasado y las luchas contra las violencias del presente, nuevos modos de nombrar, conocer, otorgar sentido subjetivo y social a una experiencia que hasta ese presente de la enunciación ha permanecido inefable. De este modo, en momentos históricos en los que las correlaciones de fuerza y las conquistas de las luchas de las mujeres y lesbianas abren una brecha, estas experiencias logran arrebatarle al silencio y a los discursos dominantes un locus de enunciación y una palabra articulada como Sujetx. Estas experiencias, al romper el silencio, quiebran las “jerarquías epistémicas” de los discursos dominantes y de las instituciones que los sostienen (Calvera, 1990).

La palabra mujeril y lesbiana dice a partir del lugar de otredad impuesto y empuñando la inscripción en el orden de lo político, del lenguaje y de una tradición histórica las vivencias acalladas y marcadas, no sólo por las opresiones de clase y raciales, sino también por las consecuencias políticas de la diferencia sexual. De allí que pensemos los decires feministas en su potencia para desplazar, a la luz de los distintos escenarios históricos, las fronteras entre lo dicho y lo no dicho. No obstante, ese desplazamiento de los límites de lo decible y pensable porta una historia de silencios que exhiben una ausencia, de palabras a media lengua, de gritos inarticulados, de poesía que habla en los bordes, de intentos del decir que muchas veces desgarran, violentan el lenguaje-institución, que consiguen una palabra a contrapelo.

Lejos de los planteos académicos que ponen el énfasis en los límites del lenguaje para nombrar la experiencia y de los posicionamientos que insisten en que la experiencia no existe por fuera de la narración, elegimos pensar en las experiencias que no ingresan a la discursividad social. Esas experiencias que son dichas de modo ambivalente y contradictorio, como ese “resto” no enunciado todavía, que excede al lenguaje y que permanece inarticulado o espera seamos capaces de crear nuevas palabras y discursos para nombrarlo y problematizarlo.

Como sugiere Olga Grau (2013), la dificultad de encontrar las palabras para hablar de algo que queda pendiente, que no se deja nombrar tan simplemente, constituye una especie de buen augurio, una posibilidad promisoriosa. En diálogo con esta idea retomamos la argumentación de Ana María Bach

en su lectura del pensamiento de Iris Young acerca de la doble función política de la descripción de la experiencia de un sujeto.

En primer término, dar cuenta de que la experiencia “ nombra formas y significados de la opresión”, es decir, el trabajo subjetivo y colectivo para describir “ los procesos de vida social desde el punto de vista del sujeto aporta al lenguaje los daños y heridas de la estructura opresiva” (Bach, 2010: 175). En segundo lugar, “ la experiencia nombra un momento de agencia creativa en los procesos sociales, que no puede ser finalmente completada o categorizada por las estructuras opresivas dominantes” lo cual abre la posibilidad de la resistencia y del surgimiento de concepciones alternativas (Ibídem).

Es la huella de esa apertura, esa brecha, esa insistencia, esas posibilidades que instala la palabra feminista lo que hemos rastreado en nuestro ejercicio de lectura.

3. Discursividades feministas: experiencia, política y deseo

Una pregunta late sin descanso en los textos de Val Flores y Gilda Luongo. Se trata de la cuestión acerca del relato de la experiencia marcada por la diferencia sexual. Sus textos admiten una estrategia de lectura según la cual el nudo a partir del que se teje su argumentación exhibe un doble lazo: por una parte, la reflexión sobre las condiciones de producción de los discursos y las escrituras de las feministas y, por otra parte, la tematización de los efectos políticos de esas discursividades. Ambas autoras tematizan los avatares de una praxis de lenguaje construida laboriosamente por las feministas del Sur. Se ocupan de una toma de la palabra marcada por la mutua reterritorialización entre el explicitación de “ las tramas de lo histórico, social, cultural y económico” (Luongo, 2015: 7) en las que se juegan las posibilidades para nombrar nuestras experiencias subalternizadas, y las formas de intervención política de los relatos feministas. Situados sus textos en esa clave de trabajo discursivo, Val y Gilda dan cuenta de las subjetividades y los devenires colectivos en su existencia resistente, insumisa y de revuelta.

La pregunta por la narración de la experiencia, entonces, se desgrana de modo múltiple en los textos. Gilda asedia su propio pensar cuando se interroga ¿en qué condiciones podemos escribir las mujeres? ¿existe la posibilidad efectiva de legitimar las voces de las escrituras múltiples vinculadas a la diferencia sexual, racial, de clase? (Luongo, 2015). En ese sentido, se vincula con las preocupaciones de Val cuando ésta se pregunta ¿qué significa escribir contra sí misma?, o bien, ¿frente a las múltiples formas de violencia descargadas contra los cuerpos y los modos de existir de las subalternas, tendremos derecho no sólo a nombrar las opresiones sino también a nominar/escribir/relatar nuestros placeres? (Flores, 2010). Las respuestas que hilvanan las autoras se articulan en una tensión que se configura como propuesta siempre transitoria, haciendo gravitar sus

sospechas, intentos, apuestas en torno a lo que hemos identificado como un ideograma³ compartido en su trabajo escritural: *la escritura política feminista*. Retomando los desarrollos de Angenot (1982), entendemos aquí por *ideograma de la escritura política feminista* una condensación simbólica, ideológica y política sobre la que se sustentan los textos abordados y cuyas modulaciones de superficie traslucen la configuración ideológica del discurso. En esta dirección perseguiremos una lectura que privilegie una aproximación dialógica entre la labor discursiva de val y Gilda.

La búsqueda de val se hace eco, o más bien se inscribe, en una genealogía de escritoras que rescata las reflexiones de Audre Lorde, poeta estadounidense negra y lesbiana, sobre la capacidad de la palabra poética para esbozar visiones de supervivencia, cambio y futuro. Para Lorde la poesía es entendida como “reveladora destilación de la experiencia”, es “una necesidad vital” puesto que es un instrumento para nombrar lo que no ha sido pronunciado todavía y que guarda la posibilidad de desplazamiento de las fronteras entre lo dicho y lo no dicho (Lorde, 1984: 37). Como ha señalado esta autora, la poesía, en tanto es un modo otro y mujeril de articulación del lenguaje “tiende un puente a través de nuestro miedo a lo que nunca antes ha existido” (Ibídem: 38).

En su escritura val flores anuda la palabra al cuerpo, y en esa operación posibilita un habla modulada desde la experiencia de una existencia encarnada, consciente de sus condiciones históricas y de las huellas que sobre los cuerpos imprimen las desigualdades soportadas en el marco de las relaciones sociales hegemónicas capitalistas y patriarcales. Desde esa certeza de la opresión, la autora elabora su apuesta: una política de escritura configurada como un ejercicio de contra-escritura denominado “escribir contra sí misma”. Se trata de una práctica que busca fracturar los sentidos afirmados en nuestras subjetividades transidas de tensiones/contradicciones y legitimados en la discursividad dominante para empuñar decires-otros que hemos sido capaces de pronunciar en clave feminista como “un continuo atravesar fronteras [...], un volver a trazar el mapa de los límites entre cuerpos y discursos” (Flores, 2010: 225). La exploración poética que ello implica reconfigura significados y concepciones, crea experiencia para nosotras porque nombra lo vivido –ya sea el sufrimiento, la incomodidad o el placer- con palabra propia, de manera que permite sea escuchada, reconocida, re-vivenciada por un *nosotras* entendido en tanto comunidad de pertenencia, habilitando así otras modalidades para transitar la vida. La confianza de val en que “toda insurgencia será labor de las palabras” (Ibídem: 220) refiere a las posibilidades que alberga el discurso que excede lo que está expresado en las categorías discursivas dadas (hegemónicas). Así, val afirma con Deleuze: “Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso y que desborda cualquier

³ Los ideogramas son lugares comunes que integran sistemas ideológicos más amplios, es decir, condensados ideológicos que funcionan como presupuestos y que pueden realizarse o no en el discurso. En otras palabras, las diversas zonas que conforman el discurso social parten de ideogramas compartidos los cuales funcionan como principios reguladores subyacentes a los discursos a los que confieren autoridad y coherencia. Angenot define al ideograma de la siguiente manera: “Llamaremos ideograma a toda máxima, subyacente a un enunciado, cuyo sujeto lógico circunscribe un campo de pertinencia particular [...]. Esos sujetos, desprovistos de realidad sustancial, no son más que seres ideológicos determinados y definidos únicamente por el conjunto de máximas isotópicas en que el sistema ideológico les permite ubicarse” (Angenot, 1982: 8).

materia vivible o vivida. Es un proceso, es decir, un paso de vida que atraviesa lo vivible y lo vivido” (Flores, 2010: 221). Se trata de una tarea política que confía en la invención de un idioma propio que rebase lo institucionalizado, permitiendo abrir un trabajo de articulación a contrapelo. Como señala Stone-Mediatore, los relatos sobre experiencias pueden contribuir a percibir contradicciones en la propia experiencia, facilitando un hablar, un escribir y un hacer de oposición (Stone-Mediatore, 1999). En palabras de val flores:

“La escritura es un apasionamiento que me desborda y traduce los límites de lo hasta el momento vivible en una maquinaria de visibilización de las pulsiones heréticas que friccionan la estampa petrificada de la letra. Siempre las prácticas de escritura y de lectura han estado vinculadas a los desplazamientos subjetivos y políticos, a mis trayectorias vitales. Como práctica de autoerotismo, la escritura capitanea una búsqueda en los bordes, en los intersticios donde las prácticas y saberes se confunden, para encontrar ahí, donde todavía todo está por inventar, la fuerza para desencantarnos de este paisaje de mundo y desacomodar lo que está solidificado, silenciado e invisibilizado” (Flores, 2010: 221).

También Gilda Luongo refiere a la escritura como una actividad ética, estética y política de exploración de los bordes de la experiencia. De hecho, afirma que “considerar las zonas de producción que provienen, en su anchura, desde los territorios signados por la diferencia sexual” [...] “podría implicar la realización de la idea nueva de lo que es escribir” (Luongo, 2015: 5). Para reflexionar sobre ello parte de “situar a la escritura de mujeres en América Latina como una trama simbólica compleja relativa al campo de los ejercicios de poder protagonizados por las diferencias y las relaciones sociales enmarcadas por la producción de ideas de las sujetos singularmente diferenciadas” (Ibídem: 4). En ese juego de *límites* y *presiones* (Williams, 1980: 107), que constituyen las condiciones históricas en las que las subalternas producen discursos, los lenguajes de mujeres disidentes y de las feministas han sabido horadar lo establecido desde los márgenes. Según Gilda, la tenacidad de ese gesto político ha dado lugar a discursos convocantes a un hacer emancipatorio, en un devenir siempre inacabado.

En sintonía con val flores, Gilda Luongo identifica en esa conquista un proceso continuo de rebelión contra las certezas y contra la clausura, hacia adentro y hacia afuera. Hay algo del orden de lo incesante que no se resigna al silencio, en otras palabras, “el eco de lo que no puede dejar de hablar” [...] “aquello que habla interminablemente” (Luongo, 2015: 15). Se trata de un habla/una escritura que se inscribe en la tensión irresuelta entre lo aún no dicho y lo que insiste en ser pronunciado. Poner la experiencia feminista, las vivencias marginalizadas, en el orden del lenguaje implica ingresar en el espacio de lo irresuelto entre silencio y palabra. Así, dar cuenta de la opresión ha constituido para las feministas una herramienta por medio de la cual ha sido posible visibilizar, problematizar, dejar de tolerar y combatir la desigualdad derivada de la diferencia sexual. En ese sentido hay en Gilda un reconocimiento de cierta insistencia de las experiencias que pugnan por ser dichas, como si se tratara de un intento (im)posible por suturar una herida de opresión. El discurrir de Gilda refiere, a propósito

de esta idea, a su trabajo crítico como creadora-investigadora sobre las escrituras de las mujeres mapuche:

“Si al escribir damos lugar a lo incesante, aquello que nunca termina, entonces el tono que nos conmueve es aquel que hace silencio en la escritura para dar lugar al eco de lo que no puede dejar de hablar, así toma forma y sentido aquello que habla interminablemente [...] He perseguido, en consecuencia, ese pulso, su modulación sinuosa, arrebatada, melancólica o en calma espiritual al leerlas y me he subido a esa amplificación haciendo gala de lo que Genovese llama el “arrastre subjetivo” despertado por la escritura poética, ese que estalla como labor creadora de sentidos” (Luongo, 2015: 15).

Las palabras conectan con nuestras historias, con los trabajos de reelaboración de nuestras identidades y genealogías en una apropiación re-sujetivadora. La toma de la palabra por parte de las mujeres es un intento siempre inacabado por evocar lo vivido desde un registro singular/colectivo que nombra y cuestiona habitando ambivalencias, ambigüedades, incertidumbres. Asumir lo arduo de decir la experiencia inconveniente y ensayar su narrativa constituye un acto ético y político para la praxis feminista, porque hace audible lo inaudito y lo inscribe en el ámbito de lo público. La articulación misma de esta palabra constituye una impugnación al orden hetero-patriarcal, puesto que desafía sus límites, deconstruye sus naturalizaciones, expande para nosotras el horizonte de “lo posible”.

Finalmente, *la escritura política feminista*, conceptualizada como “contra-escritura” en el texto de val flores y como “escritura sinuosa ética, estética y política” en el artículo de Gilda Luongo, se asimila en ambas a una caracterización que condensa impulso-necesidad-deber, toda vez que implica un compromiso con el deseo y la memoria. Esa escritura, nos dice val:

“[...] constituye un experimento performativo, un ejercitarse en capturar los “añicos” de la subjetividad, estimulado por una política del titubeo, del tartamudeo, de la resonancia y una estética insaciablemente curiosa y de ambición erótica, así como de responsabilidad con la(s) memoria(s)” (Flores, 2010: 224).

En un mismo sentido, sostiene Gilda:

“Si la cuestión central del ímpetu lírico es “el deseo”, como afirma la misma poeta argentina, me siento autorizada para conectar esta aseveración con el bello lema de Ricoeur: “la fidelidad al pasado no es un dato es un deseo”. En este singular lenguaje poético mapuche la fidelidad/deseo sería un pliegue múltiple que se halla en cada recodo sinuoso de las palabras en mapudungun y en español, en esa presencia/ ausencia de ambas lenguas, su ambigüedad y su certeza, en su música y en sus sin-sentidos reverberantes. Mujeres mapuches, sujetos deseantes en la escritura poética memoriosa. Una que explota y así le pone rostro a la carencia, nombre a lo perdido, denuncia al despojo, da luz a lo recobrado, eco a lo imaginado, todo ello como posibilidad de nombrar el triunfo memorioso” (Luongo, 2015: 15).

Contar nuestras historias, decir nuestros dolores y atrevernos a articular nuestros placeres es una labor que ubica a las subalternizadas en el lugar de sujetos políticxs. Las insistentes tentativas de narrar para reconstruir genealogías, para procurarnos un relato sobre nuestras trayectorias subjetivas y colectivas, para darnos a conocer nuestras estrategias de resistencia al daño y de desplazamientos hacia el disfrute, implica un trabajo continuo. Se trata de una tarea deseante y memoriosa de rescate de los fragmentos y restos recuperables de todo lo experimentado en ese terreno riesgoso y al mismo tiempo posibilitador de liberaciones que es el tránsito por nuestras luchas.

4. Genealogías intertextuales: invocando las voces de las ancestras en la búsqueda del lenguaje propio

Las dos autoras convocadas parten de un diagnóstico desencantado con la política del movimiento feminista en el momento de enunciación. Perciben y reniegan de una pérdida de radicalidad, de capacidad revulsiva del feminismo como práctica política:

“Cuando soltamos la conexión de la complicidad sororal o esta se transforma a causa de los modos en que devenimos mujeres profesionales insertas en el libre mercado, aparece en toda su magnitud el impacto que tienen en nosotras los posicionamientos feministas radicales. Algo de eso duele por dentro, así el cuerpo grita su desacomodo, su necesidad de fuga ante la violencia masculina, patriarcal-colonial y capitalista salvaje” (Luongo, 2017: 25).

“Veo con pasmosa preocupación cómo el Estado traduce las demandas de las mujeres en nuevos dispositivos de control o normalización; cómo se instala una forma hegemónica del activismo que se convierte en una gestión de discursos y recursos, en una carrera por los financiamientos; cómo el movimiento, mayoritariamente, se articula alrededor de la victimización y el peligro, más que alrededor de los placeres;[...] cómo la institucionalización del discurso feminista deja la piel afuera y se convierte en nueva prescripción, en voces autorizadas en detrimento de otras, en cuerpos desplazados por la centralidad de otros, en violencias denegadas por la hipervisibilización de algunos sufrimientos” (Flores, 2010: 214).

Sin embargo, tanto val como Gilda indagan en busca de restos de esa radicalidad y construyen visiones que recuperan, renuevan o refundan el potencial anhelado para sacudir la propia vida y las instituciones sociales: “Todo tiempo de incertidumbre es también un tiempo abierto a la creación, entonces estos momentos de agotamiento son los momentos privilegiados de institución práctica de nuevas ficciones. Por eso, no se nos impone pensar otra cosa, se nos impone pensar de otro modo” (Ibídem, 2010: 219).

En este contexto de revisión y rescate, la escritura feminista aparece como uno de los terrenos en el que se despliega el potencial de “un feminismo minoritario”, a decir de val, “que sostiene el

cuerpo como anclaje del discurso y territorio de exploración de deseos tal vez aún ininteligibles y/o censurables para el propio movimiento” (Flores, 2010: 213). Este feminismo transita por fuera de las agendas y los financiamientos, de la exclusiva demanda ante el Estado, operando “como praxis vital cuyo horizonte inmediato es cambiar la propia vida” (Ibídem: 215).

En este sentido, los textos que retomamos son herederos de una genealogía de escritoras que han revelado la importancia de la escritura para el proceso de transformación subjetiva y colectiva, lo cual implicó para ellas el devenir feministas/lesbianas. Ya en la década del '70, la poeta y ensayista lesbiofeminista estadounidense Adrienne Rich publicaba “Cuando las muertas despertamos”, un ensayo apasionado y reflexivo en el que proponía el ejercicio de “escribir como re-visión”:

“La re-visión, ese acto de mirar hacia atrás, de ver con ojos renovados, de encarar un viejo texto desde una nueva dirección crítica, para nosotras es más que un capítulo de la historia cultural: es un acto de supervivencia. [...] Y este impulso hacia el autoconocimiento, para la mujer, es más que una búsqueda de identidad: es parte de su rechazo a las fuerzas autodestructivas de la sociedad patriarcal” (Rich, 1972: 18).

Sostenemos, a la luz de los textos de Val y Gilda, que en el ejercicio de la re-visión, la intertextualidad lesbiana/feminista⁴ cumple un papel fundamental. Aquí la intertextualidad funciona en un doble sentido. Por un lado, se trata de una estrategia de sostenimiento y reconocimiento genealógico de las ancestras. Sabemos que las genealogías de las mujeres y lxs marginalizadxs implican un trabajo paciente de recolección de lo disperso en un tejido frágil y provisorio pero que nos habilita “un cierto horizonte de comprensión, un cierto relato que posibilite el anudamiento del sentido y el trazado de continuidades” (Ciriza, 2008: 25). En este sentido, sostenemos que los escritos seleccionados se vinculan con otros escritos de autorxs feministas/lesbianas en una suerte de “genealogía intertextual”, en la cual se invocan las palabras y las formas de enunciación de las ancestras para inscribir el propio relato en la trama del movimiento.

Así, podemos a través de Gilda leer y retomar los desasosiegos y las esperanzas de las predecesoras que convoca en sus incertezas:

“Tal vez sólo estoy volviendo una y otra vez a esos relatos contenidos en toda la historia de los sujetos feministas de nuestras latitudes. Soy una más de tantas. Una reiteración. Pienso en las iluminaciones que nos donan las teóricas feministas del primer mundo. Luego pienso en las teóricas feministas de nuestra América y sus precariedades. Nos cansamos, abandonamos, dice Adrienne Rich en los ochenta; nos

⁴Utilizamos la noción de *intertextualidad* en el sentido acuñado por Kristeva (1967), quien toma como base el concepto de *dialogismo* del lenguaje de Bajtín, es decir, entendido como “la existencia en un texto de discursos anteriores como precondition para el acto de significación” (Marinkovich, 1998-1999: 3). Para Bajtín (1986), todo enunciado está orientado “retrospectivamente hacia los enunciados de hablantes previos y prospectivamente a enunciados anticipados de hablantes futuros” (Marinkovich, 1998-1999: 4). Otras variantes de intertextualidad aluden a la diversidad interna de cada texto en cuanto a géneros y discursos, o al diálogo con textos coetáneos. Aquí tomaremos la dimensión vertical de la intertextualidad que resalta los vínculos entre los escritos escogidos y otros que los anteceden.

enfermamos hasta morir, parece decirnos Julieta Kirkwood también en los ochenta; nos sentimos desfallecientes nos dijo Amanda Labarca en los años cuarenta del siglo XX. No obstante, perseveramos. Una fuerza, un espíritu, dice Adrienne Rich, el que nos cubre cuando miramos y conocemos a las subalternas y marginadas de nuestro mundo, todas las luchadoras anteriores a nosotras; un impulso compartido; el cenote, dice Gloria Anzaldúa, nos levanta otra y otra vez” (Luongo, 2017: 25-26).

Y encontramos a val definiéndose como “una epígona de las huellas de aquellas políticas y estéticas que sitúan la subjetividad política, la experiencia del erotismo, los usos e invención de los placeres del cuerpo, el cuidado de sí y de las otras, una política amorosa pero no romántica, una conexión de las diferencias, como un ejercicio epistémico de descentralización” (Flores, 2010: 214-215).

Las huellas que persigue y recrea val son vastas y dispersas: los escritos de Teresa de Lauretis (2000) en cuanto a la necesidad de mantener una ubicación/identidad excéntrica para los procesos de subjetivación personales y colectivos, de Paul B. Preciado (2008), afirmando la centralidad de la experimentación corporal como práctica política, de Cherie Moraga (2001) en la insistencia sobre las contradicciones que nos habitan y Gloria Anzaldúa (2007) sobre las fronteras que habitamos, de Donna Haraway poniendo atención y desconfianza sobre las prácticas visualizadoras de experiencias e identidades (1995). Las citas y alusiones van nutriendo el relato en primera persona, conectando puntos en un itinerario que transita por distintos campos de la experiencia y sus vinculaciones (lo erótico, lo político, lo estético, lo pedagógico, lo teórico).

Y volviendo a Gilda, podemos señalar que el ejercicio genealógico es “una labor de reencuentro en la escritura con lo perdido/arrebatado, [en la cual] algo se revela vinculado con aquello que las poetas devienen, llegan a ser” (Luongo, 2017:9). En este devenir se halla la segunda inflexión que pretendemos atribuirle a la intertextualidad feminista/lesbiana: se trata de una herramienta que contribuye a la práctica de la re-subjetivación a través de la búsqueda y experimentación de un lenguaje propio. Ese lenguaje no sería una creación individual, sino que se yergue, inestable y tentativo, sobre los sedimentos de las voces de las ancestras, sus experimentaciones, sus palabras acuñadas, eso que pudo serle arrebatado a la inefabilidad y traído al territorio del lenguaje de manera articulada y/o poética. Así, la genealogía intertextual también permite pensar(se) y escribir(se) con/a través de las herencias escriturales en las que se halla afinidad experiencial, un hogar al menos provisorio: “No cabe duda, volver una y otra vez a la lucidez de las pensadoras y activistas feministas que han pavimentado caminos. De este modo, una y otra vez volveremos a insistir en esa argamasa, en su peso, en su densidad, en su mezcla, en sus relieves diversos para construir/deconstruir/construir interminable y reiteradamente” (Ibídem: 26).

Los sedimentos intertextuales tienen una profundidad insospechada a simple vista. Tomando una punta del ovillo en el escrito de val, sabemos que la noción de “escribir contra sí misma” es heredera del “sujeto excéntrico” de Teresa de Lauretis, quien a su vez retoma a Monique Wittig en “No se nace mujer” (1992/2006). Wittig afirmaba que:

“La conciencia de la opresión no es sólo una reacción (una lucha) contra la opresión: supone también una total reevaluación conceptual del mundo social, su total reorganización con nuevos conceptos, desarrollados desde el punto de vista de la opresión [...] llamémosla una práctica subjetiva, cognitiva. Este movimiento de ida y vuelta entre los dos niveles de la realidad (la realidad conceptual y la realidad material de la opresión, que son, ambas, realidades sociales) se logra a través del lenguaje” (Wittig, 1992/2006: 41-42).

Sobre esa base, de Lauretis propone un desplazamiento y un autodesplazamiento: “dejar o abandonar un lugar que es conocido, que es un ‘hogar’ -físicamente, emocionalmente, lingüísticamente, epistemológicamente- y cambiarlo por otro que es desconocido, que no es familiar ni emocionalmente, ni conceptualmente; un lugar desde donde hablar y pensar son, en el mejor de los casos, tentativos, inciertos, no-autorizados” (de Lauretis, 2001/2014: 7). Pero, advierte de Lauretis, “la partida no es una elección, ya que, en primer lugar, no es posible vivir allí” (Ibídem). Entonces, estas “prácticas subjetivas, cognitivas” que postula Wittig, que recupera de Lauretis, que ejercita val, tienen que ver con la supervivencia de la que hablan Rich y Lorde.

No obstante, la intertextualidad no se agota allí. Siguiendo las ramificaciones genealógicas, éstas se disparan desde Wittig hasta Safo, pasando por Renée Vivien y Violette Leduc, tal como ha señalado Elaine Marks en su escrito *Intertextualidad Lesbiana* (1979), a quien le debemos la inspiración para este ejercicio. Marks señala que Wittig es un parteaguas en las intertextualidades lésbicas porque recrea a Safo y permite inscribir a Vivien y Leduc en una genealogía propia de escritos que despliegan las experiencias lesbianas por fuera de la mirada androcéntrica, aportando impetuosamente a prácticas lingüísticas que asumen la des-domesticación de las mujeres (Marks, 1979: 377).

En este sentido, de Lauretis subraya la apreciación de Marks sobre “El cuerpo lesbiano” de Wittig, donde considera “ha creado, a través del uso incesante de la hipérbole y del rechazo a emplear códigos corporales tradicionales, imágenes lo suficientemente provocadoras como para no ser reabsorbidas por la cultura literaria masculina” (Marks, 1979: 377; de Lauretis, 2001: 24).

Volviendo a val y Gilda, constatamos y celebramos este esfuerzo continuo de desplazamiento hacia el lenguaje propio/excéntrico, que sigue aportando a la sedimentación genealógica a través, por ejemplo, de la ruptura de las dicotomías y la habilitación de la ambivalencia:

“Me propuse escribir poéticamente [...] esta proximidad/cercanía con [las escrituras de las mujeres mapuche] relativa a mi propio nomadismo como creadora-investigadora a la intemperie. Celebro su emergencia pública, su resistencia y circulación por distintos circuitos culturales, celebro que existan en nuestro horizonte múltiple para ser leídas con disfrute y fruición feministas, para que sus ideaciones de lenguaje en español, -esa lengua meretriz” (como dice la poeta Adriana Paredes Pinda en su escrito

“De por qué escribo”- (2010: 413)) y en mapudungun, galopen sin límite entre la liberación y la libertad” (Luongo, 2017: 8).

“El ejercicio de la escritura poco tiene que ver con el resguardo en la seguridad de un yo, de amparo frente a las dificultades del mundo de la vida, sino que es apertura a una amenaza, al riesgo de convertirse en otra. Ha sido un espacio de confrontación y diálogo, para buscar desde la propia práctica hacerme cargo de mí misma / nosotras mismas; de mi / tu / nuestra herida, mi / tu / nuestro daño, de mi / tu / nuestro miedo, de mi / tu / nuestro cuerpo, de mi / tu / nuestro afecto pero, sobre todo, de mi / tu / nuestro placer y mi / tu / nuestro deseo. Por eso, para mí las prácticas literarias —como la poesía— son parte de las prácticas de pensamiento, porque son experiencias de la extrañeza” (Flores, 2010: 221).

5. A modo de cierre

Las discursividades feministas constituyen el tópico abordado por val flores y Gilda Luongo en los textos que hemos recorrido. Nuestra lectura se ha organizado como una operación para la conversación entre ambas autoras en la que se busca desplegar, y explorar entre los pliegues, los entramados conceptuales relativos a la tensión entre experiencias y lenguaje feministas, y a la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana.

Habitando las tensiones entre las experiencias de la diferencia sexual y las posibilidades y los límites del lenguaje, val y Gilda sostienen la pregunta por una escritura de insumisión que se sitúa en una corporalidad afectada por los momentos históricos y las coordenadas espaciales. En ese sentido, las dos autoras elaboran respuestas tentativas acerca de la *escritura política feminista*, surgidas de la experiencia de una praxis anti-patriarcal que problematiza tanto las relaciones sociales como las propias modalidades para transitar la vida.

Escribir desde ese lugar, y contra la estabilidad de ese lugar, se configura como un trabajo con el lenguaje que permite articular el relato empecinado en su anclaje corporal. Esta labor escritural empuña una dialéctica entre lo subjetivo y lo colectivo, evocando las resonancias de otras voces y otras experiencias en la propia búsqueda estético-política. Inscriptas en genealogías intertextuales feministas/lesbianas, val y Gilda aportan a la construcción de un “nosotras” como hogar provisorio, como comunidad de las excéntricas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcoff, Linda (1999): “Merlau-Ponty y la teoría feminista de la experiencia”. En: *Mora*, n.º. 5, pp. 122-138.
- Angenot, Marc (2007): “Presupuesto/topos/ideologemas”. En: *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot. [Traducción de L. Varela], pp. 1-14.
- _____. (2010): *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Anzaldúa, Gloria (2007): *Borderlands / La Frontera. The new mestiza*. San Francisco: Aunt lote books.
- Bach, Ana María (2010): *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Calvera, Leonor (1990): *Mujeres y feminismo en la Argentina*. Buenos Aires: GEL.
- Ciriza, Alejandra (2008): “Genealogías feministas y memoria: a propósito de la cuestión de la ciudadanía de mujeres”. En: Alejandra Ciriza (coord.): *Intervenciones sobre ciudadanía de mujeres, política y memoria. Perspectivas subalternas*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Colaizzi, Giulia (1990): “Feminismo y Teoría del Discurso. Razones para un debate”. En: Giulia Colaizzi (ed.): *Feminismo y Teoría del Discurso*. Madrid: Cátedra.
- de Lauretis, Teresa (2000): *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Editorial Horas y Horas.
- _____. (2014): *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones [2001].
- Flores, Valeria (2010): “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”. En: Yuderkys Espinosa Miñoso (coord.): *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires: En la Frontera, pp. 211-230.
- Grau Duhart, Olga (2013): “La materialidad de los vínculos para pensar una (im)posible erótica política”. En: *IX Jornadas de Investigación en Filosofía*, 28 al 30 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2910/ev.2910.pdf [3/07/2017].
- Haraway, Donna (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Lorde, Audre (1984): “Poetry is not a luxury”. En: *Sister Outsider*. Berkeley: Crossing Press.

- Luongo, Gilda (2015): “Escritura y mujeres. Una revuelta estridente/silenciosa”. Disponible en: http://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2014/02/Escritura-y_mujeres-Luongo-30-01-14.pdf [21/1/2018].
- _____. (2017): “Desplazamientos: escrituras/diferencia sexual/memoria/política”. Inédito.
- Marinkovich, Juana (1998-1999): “El análisis del discurso y la intertextualidad”. En: *Boletín de Filología*, Vol. 37, n° 2, pp. 729-742.
- Marks, Elaine (1979): “Lesbian Intertextuality”. En: Stambolian y Marks (eds.): *Homosexualities and French Literature [Homosexualidades y literatura francesa]*. Ithaca: Cornell University Press.
- Moraga, Cherrie (2001): “La güera”. En: *Debate feminista*, año 12, Vol. 24.
- Pêcheux, Michel (1978): *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Preciado, Beatriz (2008): *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Rich, Adrienne (1972): “When We Dead Awaken: Writing as Re-Vision”. En: *College English*, Vol. 34, n° 1, pp. 18-30.
- Smith, Dorothy (1989): *El mundo silenciado de las mujeres*. Santiago de Chile: CIDE.
- Stone-Mediatore, Shari (1999): “Chandra Mohanty y la revalorización de la ‘experiencia’”. En: *Revista Hiparquia*, Vol.10, n° 1, Julio, Buenos Aires, Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía, [1996], pp. 85-109.
- Violi, Patrizia (1991): *El Infinito Singular*. Cátedra: Madrid.
- Williams, Raymond (1980): *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.
- Wittig, Monique (2006): “No se nace mujer”. En: *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.